

Reproducción

Número 101. — Tomo VI.

10 de Noviembre de 1923.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 101 * 10 de Noviembre de 1923 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

En México

El Desastre Moral

por José Elguero

Durante los diez años de la última guerra civil, de 1910 a 1920, la sociedad mexicana y los extranjeros relacionados en nuestro país, quejábanse amargamente de las pérdidas materiales sufridas en sus intereses, lamentando no sólo la destrucción de propiedades, maquinarias, industrias, bancos, etc., etc., sino los «perjuicios» causados por la revolución, es decir, lo que dejamos de ganar, sobre todo durante el conflicto europeo, que fué sin duda una cifra que se eleva a muchos millones.

Si México conserva la paz y el orden, si en lugar de los métodos de violencia empleados por los maderistas pri-

mero y por los constitucionalistas después, el porfirismo se hubiese liquidado en forma evolutiva y sensata, sería el nuestro uno de los países más florecientes del mundo, y el bienestar económico de todas las clases sociales habría traído el sosiego a las conciencias, que es el secreto de la paz orgánica.

Este argumento anti-revolucionario es de fuerza aplastante, porque nada lo compensa, porque las llamadas libertades políticas y el mejoramiento del proletariado, son un mito, si exceptuamos la tolerancia de la prensa independiente, obra—justo es proclamarlo—del régimen obregonista.

¿Elecciones libres? ¿Cuándo se llevan a cabo entre nosotros? ¿No son acaso los que dominan en los comicios unos cuantos audaces sin escrúpulos ni honorabilidad, que imponen el terror en las casillas electorales, suplantando votos, roban las ánforas, apalean o asesinan a los contrarios, y, en suma, realizan el «sufragio» con los procedimientos de una batalla?

Verdad es que los obreros ganan hoy salarios muy superiores a los de

1910; pero también es cierto que el costo de la vida se ha elevado tres o cuatro veces más; y si analizamos el fondo de este problema de jornales, llegaremos a la conclusión de que no han sido los trabajadores los favorecidos, sino sus «líderes», que se enriquecen de manera escandalosa, como todo el mundo lo sabe. Los obreros, los simples obreros, viven hoy lo mismo o en condiciones más precarias que hace diez años; y esto se explica no solamente por la razón antes apuntada, sino por las constantes huelgas que promueven sus líderes y que ocasionan a los trabajadores fuertes pérdidas de dinero.

No sabemos, pues, cuáles sean los bienes derramados en México por la revolución, y que, siquiera en parte, compensen los daños y los perjuicios que sufrió el país por causa de aquélla.

Pero no es esto sólo. Hay algo más grave todavía que esas pérdidas «materiales», y son las MORALES. Toda la sociedad, la alta, la media y baja experimentaron profunda sacudida, relajándose las costumbres, corrompiéndose o desvirtuándose los ideales y produciéndose lógicamente el auge de la

criminalidad que presenciamos ahora.

El mal ha invadido los hogares y mina hasta las virtudes de la mujer, que se creían incorruptibles. Si se compara a la sociedad de 1910 con la de 1923, el contraste resultará doloroso, por más que en todas las clases existan grupos cuya honradez y decencia permanecen incólumes e impolutas.

Y lo peor de esta situación es que no ha sucedido lo que en otras épocas y en otras revoluciones, que éstas dejaban su sedimento de anarquía en los campos, porque ahora el bandolerismo y la inmoralidad viven en las ciudades con carta de naturaleza, muchas veces protegidos por las autoridades, y alientan con descaro tal, que constituye el mayor de nuestros escándalos y la úlcera más repugnante de nuestro envenenado organismo.

Suicidios, asesinatos, robos, asaltos a mano armada en las calles céntricas de la metrópoli, raptos a granel, estafas de todas especies, intrigas políticas innobles: hé ahí lo que leemos en la prensa diaria con profusión asombrosa..... Y para que nada falte, empiezan a organizarse sociedades secretas, que, mediante

el empleo del terror, pretenden constituirse en verdaderas tiranías sociales.

¿Y la administración de justicia? ¿Acaso existe en México? Los partidos políticos nombran a los jueces, por razones políticas, a fin de que éstos actúen, no conforme a la ley, sino de acuerdo con los intereses «del partido». Por eso públicamente se vocean los nombres de los jueces venales, y, por excepción, por rarísima excepción, se pronuncia el de uno de los funcionarios rectos y probos que viven entre la catterva de pícaros como «emigrados» de otros tiempos o de otros países.

El desquiciamiento moral ha sido resonante y asume proporciones catastróficas; es peor aún que la pérdida de bienes materiales, que la del crédito mismo. ¿Y cuándo se reconstruirá? Es imposible saberlo, porque la próxima campaña presidencial hará más hondos los daños, y si el candidato que triunfe no se propone llevar a cabo una tenaz y enérgica labor de saneamiento moral, la presente generación, y quizá la venidera, están definitivamente perdidas.

Editorial de *Revista de Revistas*, 2 setiembre 1923.

Como sembráredes cogeredes

Sr. Director de *La Tribuna*:

Quienes observan el actual movimiento universitario de la América Latina conocen ya la propaganda demagógica realizada en primer lugar por el ilustre Vasconcelos, con el aplauso casi unánime de los pedagogos oficiales de Costa Rica y de los países hermanos. Todos tienen ya también noticias de los recientes desórdenes ocurridos en Perú, Chile, en Argentina, etc. Para completar tan interesante información, sírvase reproducir el siguiente editorial de *Excelsior*, escrito con motivo de los inauditos motines escolares que acaban de sucederse en México.

ELIAS JIMENEZ ROJAS

Los apuros del Sr. Vasconcelos

Lo que ha pasado en la Escuela Nacional Preparatoria, es verdaderamente escandaloso, y ahora el señor

Vasconcelos se habrá dado cuenta de lo que significan ciertas complacencias, que tienden a relajar la disciplina y a que el principio de autoridad sufra menoscabo.

El Secretario de Educación Pública, en uso de legítimas facultades, destituyó al señor Lombardo Toledano del puesto que ocupaba en la Preparatoria. Surgieron protestas de parte de algunos alumnos; pero lo que las alentó y robusteció fué la actitud asumida por la Confederación Regional Obrera, que, del modo más arbitrario y absurdo, reconvino al señor Vasconcelos por su acuerdo, y, en términos irrespetuosos, casi le exigió la revocación de aquél.

Envalentonados los estudiantes con el auxilio de los obreros, declararon la huelga, y no solamente se limitaron a abandonar las clases sino que promovieron un motín en forma contra el Secretario de Educación y el nuevo Rector, señor Chaves, disparando balazos, piedras y otros proyectiles, e increpando a sus superiores con frases injuriosas y subversivas. El Jefe del Cuerpo de Bomberos resultó herido y el mismo Secretario de Educación co-

rrió peligro de que los amotinados lo lapidaran ignominiosamente.

Entretanto el señor Gobernador del Distrito dictaba órdenes al Inspector de Policía, en el sentido de que *no diese protección alguna al señor Vasconcelos*, y, en efecto, las fuerzas de seguridad se abstuvieron de auxiliar al Ministro y la Escuela Preparatoria!

El hecho que analizamos tiene tres importantes aspectos. El primero, refiérese al Secretario de Educación. El segundo, a los estudiantes. El tercero, al Gobernador del Distrito. Brevemente los comentaremos, para que nuestros lectores se den cuenta de la situación en que nos encontramos y sepan a qué atenerse en lo que toca a sus personas, honra y propiedades.

El señor Vasconcelos, cediendo a sus instintos e ideas de revolucionario radicalista, otorgó a los alumnos de las escuelas superiores ciertas prerrogativas que siempre nos parecieron absurdas, y que ahora él mismo tachará de inconvenientes. Les concedió el derecho de intervenir en el nombramiento de profesores, mediante un sistema plebiscitario, que sin duda restaba autoridad

al profesorado y a la Secretaría de Educación Pública. La concesión tenía, entre otros defectos, el de ser ilegal, y estamos seguros de que el señor Vasconcelos, más que nadie, se arrepiente de su ligereza, que ha contribuido sin duda a los escándalos de la Preparatoria y que estuvieron a punto de asumir proporciones trágicas.

Pero esto no libra de responsabilidad a los estudiantes, cuya conducta censuran todos los hombres cuerdos y que seguramente les ha restado simpatías y fuerza en la sociedad. ¿Desde cuándo, en efecto, los elementos genuinamente intelectuales, necesitaron el apoyo de los sindicatos de obreros y se sometieron a su dirección? En otras épocas, cuando el decoro se estimaba como la vida, veíase en las manifestaciones públicas a los estudiantes encabezando al pueblo y a los trabajadores; hoy que todos los valores sociales y mentales están en bancarrota, es un zapatero, un albañil o un chofer, el que preside a la juventud estudiosa, guiándola hacia la conquista de sus libertades!

Esto podrá ser muy efectivo en el terreno de la fuerza bruta; pero, fran-

camente, no es honroso. Porque, ¿cuándo se vió que los miembros inferiores rigiesen a los superiores? ¿Cuándo los pies o los brazos mandaron al cerebro?

El señor Gobernador del distrito ha ganado el premio en este concurso de disparates y de ineptias, porque el señor Vasconcelos alegará buena fe y amor a ciertos ideales de jacobino trasnochado; los estudiantes dirán que son jóvenes e inexpertos; pero ¿qué dice el señor Gasca ante la tremenda acusación de haber prohibido a la policía que cumpliese con su deber, con el único y sagrado deber de velar por el orden público y el respeto a las autoridades?

Desgraciadamente, el señor Gasca no es un «gobernante»: es un «líder». Nada le importan la sociedad ni el Gobierno mismo; sólo se preocupa por su «partido». Por eso, cuando la Confederación Regional Obrera, que es un grupo político con el disfraz de sindicato de trabajadores, se mezcla en cualquier asunto público o privado, el señor Gobernador (?) está ahí para socorrer y amparar a sus amigos y correligionarios. Lo de menos es que la preten-

sión de la Regional sea justa o injusta; que lesione intereses sociales o que los beneficie: el único punto de vista del señor Gobernador (?) es que la mantengan sus camaradas de «partido».

Por eso se solazó ante el motín de los estudiantes: porque detrás de ellos venían los porristas; y ¿cómo esperar de él las garantías que urgentemente solicitaba el señor Vasconcelos?

Pero hay todavía una cuarta observación que hacer y es la que consta en esta pregunta: ¿Qué hará el señor Vasconcelos? ¿Permanecerá al frente de la Secretaría de Educación Pública? Porque nosotros pensamos que, para continuar en ese puesto, exigirá (tal es la palabra) al señor Presidente de la República, que destituya al «compañero» Gasca o renunciará a sus funciones de Secretario de Estado. No se da medio, decorosamente.

Y si no lo hace; si no procede en este caso con indeclinable energía, mañana le veremos subordinado a la Confederación Regional Obrera y, por ende, a las órdenes del intrépido líder don Celestino Gasca.

31 de agosto de 1923.

La ciencia de la ciudadanía

por Ellsworth Huntington ⁽¹⁾

Hablamos continuamente de ciudadanía. Creemos que por ser los Estados Unidos la tierra de las facilidades y de la igualdad pueden formarse buenos ciudadanos de toda suerte de materia prima. Aludimos con orgullo justificado a hombres y mujeres que han venido a nosotros miserables y oprimidos, y que se han convertido de repente en ciudadanos útiles y capaces. Nos extasiamos ante la eficacia con que nuestros ciudadanos se dedican a la labor diaria. Y en nuestra alegría por estas hazañas nos inclinamos a olvidar que los Estados Unidos son todavía extremadamente novicios en lo que se refiere a la verdadera vida nacional. Nos encontramos al principio y no al fin de un gran experimento de inmigración y gobierno autónomo. Si bien hemos tratado diligentemente de dar a nuestros ciudadanos una educación conve-

(1) Nacido en Illinois, en 1876. Geógrafo y etnólogo. Ha explorado muchas de las regiones más interesantes de Asia.

niente y plena oportunidad de desenvolvimiento, hemos concedido muy poca atención a la materia prima de la cual se hacen los ciudadanos. Hemos hecho de la ciudadanía solamente un arte rutinario, en vez de hacerla una ciencia, a pesar de que nos encontramos en la edad de la ciencia. La ciudadanía debe amoldarse a esta ciencia o, de lo contrario, nuestro gran experimento será un fracaso colosal.

La ciencia de la ciudadanía no se ha desarrollado convenientemente porque dos de sus tres factores esenciales, es decir, la herencia y el ambiente físico, no han recibido la atención acordada al tercero, que es la educación en el sentido más liberal de la palabra. Aquí, donde se han aplicado millones de dólares a instituciones educadoras, religiosas y filantrópicas, cuyo objeto principal es instruir al pueblo, apenas se han dedicado centenares o decenas a mejorar las cualidades hereditarias de nuestros ciudadanos y a dominar el efecto de las circunstancias adversas de nuestro medio ambiente. ● Observad cuán poco sabemos acerca de la herencia. El nuevo ramo de biología lla-

mado *eugenesia*, o ley de herencia, que trata al hombre como criatura que ha recibido una herencia buena o mala, está realizando labor maravillosa al determinar los efectos complejos de la herencia y de la mezcla de razas; pero sus más fervientes adeptos sólo pretenden haber iniciado la solución del problema complicado de los extranjeros en los Estados Unidos. ¿Qué sabemos, por ejemplo, de los efectos del matrimonio entre diversas castas, como los suecos, los turcos, irlandeses, griegos, polacos, indos, judíos y finlandeses? No permitimos ciertos cruces entre los animales domésticos porque aparecen rasgos perjudiciales, en tanto que estimulamos otros porque producen cualidades altamente favorables. Si los mismos principios se aplicaran entre los hombres, su estudio sería de importancia primordial en relación a la calidad de nuestros ciudadanos. Cuando conozcamos la verdad exacta, la opinión pública aprenderá a reprobar cierta clase de matrimonios, mientras otros, en cambio, serán favorecidos.

La relación del ambiente geográfico a las cualidades físicas, mentales y

morales de un hombre, se comprende menos todavía que las leyes de herencia. Así, el geógrafo apenas se da cuenta de si el negro es negro porque vive en Africa, o si vive en Africa porque es negro. Una ~~nueva~~ geografía, sin embargo, comienza a desarrollarse. Empieza a descubrir la influencia del ambiente físico sobre el carácter humano, no solamente a través de medios indirectos, como el alimento, el traje, las habitaciones, las enfermedades y las condiciones económicas e industriales, sino también directamente a través del efecto de la temperatura, la humedad, las condiciones eléctricas, que actúan similarmente sobre la energía y sobre la fuerza de voluntad.

Los botánicos de los Estados Unidos han organizado recientemente una sociedad para el estudio de una nueva ciencia llamada *ecología*, esto es, la ciencia de los efectos del ambiente físico sobre las plantas. La geografía ha quedado a la zaga de la botánica en el sentido *ecológico*, pero dentro de algunas décadas la ecología humana se convertirá indudablemente en una ciencia bien desarrollada y formará, a la

par de la ley de la herencia, uno de los pilares de la ciencia de la ciudadanía.

Sobre los pilares de la ciencia de la ciudadanía descansa el *cornisamento* en forma de instrucción o educación. Al contrario de lo que pasa con la ley de herencia y la ecología, la ciencia de la educación está encanecida por la edad aunque su juventud se renueva constantemente. Esto es natural, porque las tentativas de aplicación práctica preceden casi siempre al estudio de los principios científicos. La medicina, por ejemplo, fué durante varias edades un arte curativo puramente rutinario cuyo objeto principal era examinar los síntomas del paciente y descubrir métodos para mejorar sus condiciones y devolver la salud. Correspondía entonces a lo que ha sido hasta hoy el proceso de mejorar la ciudadanía únicamente por medio de la enseñanza. En etapa posterior la ciencia médica comenzó a descubrir el germen de las bacterias y toxinas y otros factores ocultos cuya acción produce al cabo los síntomas. Esto ha ampliado, en vez de disminuir, la im-

portancia del arte curativo, y ahora el médico combate a menudo la enfermedad antes de que el paciente haya comenzado a sufrir. Hoy la ciencia de la ciudadanía se encuentra en línea divisoria entre el pasado rutinario y el futuro científico. El estudio de las leyes de herencia y de la ecología humana está abriendo nuestros ojos a leyes nuevas y vitales que influyen sobre el carácter humano. Cuando estas leyes se hayan puesto en relación directa con la educación, podemos esperar que el carácter general de nuestros ciudadanos mejorará tanto como la salud general de la comunidad mejoró durante el medio siglo último.

Este cambio deseable puede verificarse solamente por medio de la inteligencia perfecta de la parte vital que la herencia y el ambiente físico representan en determinar la manera cómo votan nuestros ciudadanos, cómo se conducen en la oficina, cómo llevan a cabo su labor diaria y cómo desempeñan otros actos que influyen sobre el bienestar general. Con respecto a la herencia no puede dudarse

que las cualidades físicas, mentales y morales con que la generalidad de los niños inicia su vida en los Estados Unidos, está cambiando rápidamente a causa de la inmigración. ¿Hasta qué punto este cambio es favorable o perjudicial? En caso de ser perjudicial, ¿los factores de ambiente y educación serán capaces de contrarrestarlo? Evidentemente estas cuestiones son de importancia vital, pero las opiniones no están acordes. No puede haber opinión fija hasta que conozcamos mejor las verdaderas circunstancias.

Los anglosajones constituyen el más antiguo elemento de nuestra población. Indudablemente debemos averiguar hasta qué punto han heredado las tendencias de sus antecesores. Sin embargo, el criterio de hombres cuyo parecer es digno de tenerse en cuenta está muy dividido en este punto. Por ejemplo, el profesor Ross en su interesante libro *The Old World in the New* (El mundo viejo en el nuevo), se expresa vigorosamente acerca de la importancia de la primitiva raza anglosajona en el pasado y en el futuro:

Es bueno establecer de nuevo en términos evidentes en qué forma la inmigración de lo más selecto de los puritanos ingleses contribuyó a formar el espíritu americano. Como pueblo que hizo historia, aquellos que prefirieron sufrir pérdidas y destierro antes que abandonar el ideal que formaba en cierto modo parte de su ser, son a no dudarlo gente tan extraordinaria como si hubieran caído de Marte. Tan seguramente como la cuarta parte de nosotros pertenece todavía a la raza de los veinte mil puritanos que se expatriaron entre 1618 y 1640, existen ciertos ideales que no se han levantado aún sobre el horizonte y que inspirarán a los americanos de las generaciones futuras.

Pero ¿realmente una cuarta parte de nosotros tiene todavía sangre de los puritanos? ¿Esta cuarta parte es igual a sus antecesores en fuerza de voluntad y en idealismo? ¿Pertenece a esta antigua y fuerte raza siquiera un décimo de nuestros ciudadanos pasado un siglo? Muchos creen que los descendientes de los primeros colonos ingleses han perdido ya su importancia.

Aquellos de nosotros que llevan antiguos nombres ingleses coloniales pueden sentirse consolados con las palabras del presidente Eliot:

He pasado toda mi vida en la Nueva Inglaterra y allí vivieron también ocho generaciones sucesivas de mis antepasados. Tengo la satisfacción de atestiguar que la Nueva Inglaterra de hoy es vástago genuino de la Nueva Inglaterra puritana.

Por supuesto, el presidente Eliot habla en sentido figurado, porque no ignora la raza ni la naturaleza del gobierno de la ciudad de Boston. Hasta cierto punto, sin embargo, sus palabras están sancionadas por una de las investigaciones más exactas que se han hecho en este sentido. En el prólogo del libro *Who's Who* (Quién es quién), se ha catalogado según el lugar de su nacimiento a las personas mencionadas en el texto. La comparación de esta nómina con la población de los diversos Estados en la época en que vivieron las personas aludidas en *Who's Who*, demuestra que Massachusetts ha producido incuestionablemente una proporción mucho mayor de aquellos hombres que hicieron de los Estados Unidos lo que son en el día. Connecticut y Rhode Island le seguían muy de cerca, y los estados septentrionales de la Nueva

Inglaterra se sostuvieron mucho mejor en comparación con el resto del país.

Aun Nueva York, con todas las oportunidades que ofrece, figura más bajo que todos los Estados de la Nueva Inglaterra, y representa apenas la mitad de Massachusetts. La única explicación satisfactoria parece ser que la Nueva Inglaterra fué fundada por los enérgicos patriarcas peregrinos y otros puritanos que huyeron al desierto para mantener sus elevados ideales, y que la ley de herencia ha conservado algunas de sus mejores cualidades. Se ha hecho costumbre desacreditar el puritanismo, pero indudablemente los descendientes de aquel linaje han ocupado siempre el primer lugar. Aparentemente sucedió así porque heredaron la fortaleza de espíritu que hacía posible desarrollar su austero género de vida y llevar adelante sus nobles propósitos a despecho de las tentaciones y de la oposición.

Ante esta conclusión sorprende encontrar que la comparación entre los puritanos antiguos y los del día de *Who's Who* muestra una disminución innegable en Nueva Inglaterra. La

emigración de los habitantes de Nueva Inglaterra hacia el oeste y la llegada de otros extranjeros podrían quizá servir de explicación adecuada, pero el coronel Woodruff sugiere otra solución que, de ser verdadera, resultaría menos halagüeña. Profesa a los primeros puritanos tan alta estima como el presidente Eliot y el profesor Ross, pero cree que la antigua raza ha decaído y se ha debilitado. Quizá en Massachusetts haya todavía un poco de fuerza vital; pero en general no está en contacto con la corriente de la vida nacional. La nueva atmósfera de los Estados Unidos tiene mucho que hacer en el asunto. Generación por generación, dice el coronel Woodruff, se ha debilitado físicamente, se ha hecho más neurótica, menos prolija. Sus vástagos son fuertes sólo por incidencia o cuando la mezcla con una estirpe más vigorosa o más reciente de inmigrantes ha procurado, como en realidad ha sucedido, nuevos elementos para el renacimiento de la antigua fortaleza.

Tan diversas opiniones indican que existe allí un problema de herencia

que se relaciona íntimamente con la ciudadanía. Sea cual fuere la apreciación correcta respecto a los primeros colonos ingleses, el futuro político de los Estados Unidos está en ello vitalmente interesado. Si un elemento poderoso como los puritanos está eliminándose o es incapaz de transmitir su fortaleza por la herencia, nuestra ciudadanía se debilitará en el punto donde menos puede resistir tensión. Nos interesa, de consiguiente, observar si estamos en vías de reemplazar aquellas cualidades que hicieron surgir a la América durante el difícil período de los primeros tiempos.

Si la herencia, por otra parte, tiene tal potencia, que la raza puritana, a pesar de su dilución, predomina aún en ideales y en acción, sería conveniente preguntarnos si la herencia de stirpes débiles y apocadas no está inundando el país con elementos que continuarán siempre pesados e inertes, a despecho de todas las oportunidades que el país les pueda ofrecer.

¿Qué sabemos de la calidad mental transmitida por herencia a los hijos de los inmigrantes suecos y alemanes en

los últimos veinticinco años, comparada con la de razas análogas en los tiempos primitivos? ¿Qué punto de comparación existe entre el grado de herencia de los actuales inmigrantes ingleses, polacos, sicilianos, judíos, suizos, armenios y otros, y la de los hugonotes, cuáqueros y calvinistas escoceses de hace dos o tres centurias? Sabemos que vienen ahora más trabajadores y labriegos vulgares y menos obreros «hábiles» y gente de alta posición que en el pasado. En la magnanimidad de nuestro corazón decimos: «Dejémosles venir. Es nuestra misión abrir de par en par las puertas a todo el mundo con excepción de los criminales y de los imbéciles.» Mas ¿qué resultará si estos recién llegados se encuentran en etapa tan rudimentaria que aun el mejor ambiente es incapaz de producir en ellos elevación de pensamiento, y convertirlos en caudillos enérgicos y en idealistas? ¿Qué sucederá si su herencia, al mezclarse con la nuestra, nos arrastra poco a poco a esferas inferiores?

No quiero decir que éste sea precisamente el caso; simplemente propongo

la cuestión. Nadie puede resolverla de manera convincente. La respuesta podría darse solamente después de que muchos investigadores hubieran trabajado por décadas en gran escala y siguiendo líneas permanentes. Solamente alguna gran institución particular puede realizar esta obra. El gobierno no tiene posibilidad de hacerlo. Nuestro actual departamento de inmigración está haciendo labor de carácter importante que ayudará en este sentido. Si se intentara, sin embargo, publicar los resultados obtenidos, *la presión política* ahogaría las voces inmediatamente. El diputado Weaknee (flojo de rodillas) temería perder el voto polaco, y el senador Expediency (oportunista) el voto griego. *Nuestro gobierno es tan «popular» que casi inevitablemente se convierte en adherente más bien que en caudillo.* Las instituciones particulares necesitan abrir terreno, soportar la crítica y demostrar el mérito de tales empresas. Cuando se haya ensayado, por lo menos, el alcance de la labor y la manera de verificarla, puede confiarse al gobierno la tarea de ma-

nejarla, y las instituciones particulares pueden ir en busca de algo nuevo.

Si sabemos poco respecto del poder de la herencia en cuanto a determinar la calidad de nuestros ciudadanos, conocemos todavía menos el del medio ambiente. Algunos hablan de deberes hacia la humanidad, de nuestra misión de instituir el gobierno autónomo, de la necesidad de una provisión constante de brazos baratos y del poder resolvente de las instituciones de los Estados Unidos. El resto hace notar la degradación de muchos de los inmigrantes, su estupidez y su falta de respeto a la ley, y la manera cómo se aglomeran en los barrios bajos y forman charcos de aguas estancadas en las alquerías y en las minas. Un lado vitupera al otro por falta de humanidad, y el otro clama que estamos destruyendo para siempre la herencia de nuestros hijos. Pero ¿a qué conduce censurarse unos a otros cuando no sabemos siquiera hasta qué punto el nuevo ambiente tiene el poder de alterar rasgos que parecían hereditarios? ¿Se atrevería algún lector a afirmar que conoce exactamente el efecto que

el clima, la alimentación, las condiciones de las viviendas y las ocupaciones de los Estados Unidos ejercen sobre el cuerpo y la mente de un indio, un chino, un húngaro, o siquiera un irlandés o un inglés?

Consideremos la complejidad de este problema. El profesor Boas de la universidad de Columbia nos dice que cuando los sicilianos de cráneo alargado vienen a este país, sus hijos muestran igualmente cráneos alargados, pero en menor proporción que los de sus progenitores. Se dice, de otro lado, que los judíos de cabeza ancha, de la Rusia occidental, tienen hijos cuyas cabezas, a pesar de seguir anchas, son menos voluminosas que las de sus padres. En otras palabras, el cambio de ambiente parece producir alteraciones anatómicas características que se aproximan visiblemente al tipo norteamericano, menos determinado, sin embargo, que el de los judíos o de los sicilianos. Otras autoridades nos aseguran que el negro de América, aun sin mezclarse con la raza blanca, ha cambiado tanto que sus facciones son menos características de la raza negra que cuando

vino del Africa, y que las enfermedades a que tiene propensión son menos definidas que antiguamente, y más análogas a las de la raza blanca, Otros todavía aseguran positivamente que el cabello de los anglo-sajones que han residido en los Estados Unidos por varias generaciones tiende a ponerse lacio y obscuro, su tez tira a morena y sus facciones adquieren cierta dureza.

Se nos repite que los Estados Unidos están situados más hacia el sur que Europa, de manera que la luz del sol es aquí demasiado fuerte para el cutis claro de la raza angloteutónica. Se nos previene que por esta razón la antigua estirpe de la Nueva Inglaterra está en decadencia aun entre los puritanos, y que las condiciones son peores todavía en otras partes; de suerte que nuestros caudillos proceden de familias recientes de inmigrantes que no han sido afectadas todavía por la falta de adaptación climatológica. Por la misma razón se dice que nuestros triunfos atléticos han sido obtenidos por los hijos de los inmigrantes recién llegados de Europa. En el sur, dicen, es sólo cuestión de tiempo para

que el blanco, residente continuo del país, se encuentre absorbido entre una multitud de gente morena. De la latitud 35° a la 45°, donde están situadas nuestras ciudades más importantes, se supone que el tipo aceitunado del Mediterráneo debe prevalecer, en tanto que en el extremo norte de los Estados Unidos y en el Canadá puede persistir la raza genuina inglesa, alemana, escandinava o la francesa del septentrión.

Opinión menos radical asegura que los Estados Unidos son tan diversos que hay porciones donde casi todas las razas pueden prosperar. Sin embargo, en el sur se supone encontrar menos energía e iniciativa que en otras partes, en tanto que el clima estimulante del norte puede influir tanto en sentido benéfico como desfavorable estimulando a gente de mentalidad deficiente a desplegar perniciosa actividad. Cuando razas originarias del norte de Europa se instalan en el sur, las familias más débiles están predisuestas a degenerar en individuos encanijados. La educación, unida a la extirpación médica de ciertos males,

puede elevar el nivel de esta gente, pero no alcanza a contrarrestar del todo los efectos del clima. Así, a menos que descubramos un nuevo método de imbuirle energía, afrontaremos siempre *el peligro de gran número de votantes incapaces*, demasiado perezosos para tomarse el trabajo de dominar sus prejuicios.⁽¹⁾ En el norte, por el contrario, aun cuando las condiciones sean favorables por lo general a los habitantes de la Europa septentrional, el clima extremadamente fortificante, con sus violentos cambios de estación, produce a menudo enfermedades nerviosas en los individuos de mentalidad inquieta, o provoca tal actividad que son muy comunes las perturbaciones del corazón. Se supone que muchos de los elementos más poderosos se han

(1) ¿Habré de pedir al lector que ponga atención a estas consideraciones? Lo que constituye un peligro, relativamente a la naturalización, en los Estados Unidos, ¿no lo será mayor en la minúscula Costa Rica? Hemos abierto de par en par las puertas a todo el mundo, sin exceptuar a los criminales ni a los imbéciles, y hemos desoido absolutamente el principio del *jus sanguinis*. ¿Qué es ya o que será de nuestra antigua patria, de que nos enorgullecemos? Digo antigua, no por su edad verdadera, sino por la que aparenta.

E. J. R.

reducido así, con gran detrimento de la ciudadanía.

Sintetizando los efectos del medio ambiente, observadores atentos concuerdan en que, cuando las razas de otras regiones vienen a los Estados Unidos, están sujetas a cierta presión fisiológica que altera gradualmente sus rasgos característicos, físicos y mentales. Muchas personas creen que al fin llegará a prevalecer un tipo semejante al indio americano o tal vez al de las razas del Mediterráneo. Otros niegan esto completamente, pero no discuten que ciertos cambios están verificándose. Sea cual fuere la dirección en que se opere ese cambio fisiológico, es casi indudable que le seguirá un cambio igualmente marcado de temperamento y de capacidad intelectual. ¿Naufragará así gradualmente el gobierno autónomo introduciendo un tipo taciturno y falta de sociabilidad, o un tipo frívolo, inestable? Las autoridades en el asunto responden a esta cuestión de manera muy diversa. Algunos son pesimistas en alto grado, en tanto que otros, que tienden a mezclarse con las razas que desean establecer su dere-

cho de instalarse en el país, afirman con igual fuerza que el cambio es enteramente favorable. Existe el más violento desacuerdo acerca del por qué o el cómo ocurren cambios de cualquiera especie. Se atribuyen en forma varia a los alimentos, al clima, a las enfermedades, a la manera de vivir, a las ocupaciones y al «espíritu americano». Quizá el efecto final es bueno para ciertas razas y malo para otras. Posiblemente es bueno para estirpe de una clase en Arizona y para estirpe de otra clase en Maine. Quizá estamos destruyendo millones de buenos ciudadanos permitiéndoles fijarse en lugares donde se encuentran expuestos a degenerar a causa del ambiente físico. Nuestro Ministerio de Fomento gasta millones de dólares en la investigación de problemas semejantes relacionados con las plantas y con los animales, pero cuando se llega al hombre, el gobierno no se atreve a tocar muchos de los problemas más importantes por temor de despertar rencores políticos. ¿Presenta fase alguna de nuestra vida nacional necesidad más urgente del *esfuerzo particular de los individuos?*

Esto no significa que deba permitirse relajación alguna en los esfuerzos para instruir a nuestros ciudadanos. Todos necesitamos mejor educación. Me lisonjeo de ser un buen ciudadano y hasta inteligente, y me desagradaría, sin embargo, que se me pidiera informes acerca de muchas materias sobre las cuales he dado gravemente mi opinión. Por ejemplo, una vez tuve que votar en una especie de plebiscito sobre dos proyectos para conceder pensiones a los guardias civiles y a los bomberos. Algunos días antes de la elección descubrí que era necesario dar el voto en la cuestión. En principio la idea parecía buena, pero comprendí que la resolución implicaba diferentes métodos de llevarse a efecto. Pregunté a varios amigos, pero estaban tan ignorantes como yo del asunto. Por último di con un amigo que me infundió alguna esperanza. «Pregúntale al viejo doctor», me dijo, nombrando a otro amigo común de quien nos burlábamos y a quien admirábamos por ser reformador y por figurar siempre en el lado más débil, excepto cuando el público despierta al fin y

procede como es debido. «El me dijo que el proyecto sobre los guardias civiles era bueno y el otro malo. Creo que así fué. No; el bueno era el de los bomberos. Mejor pregúntale a él». Sólo encontré al viejo doctor en el club el día siguiente a la elección. Públicamente y en alta voz me reprochó por haber votado precisamente al contrario de lo que yo debía.

Lo que yo necesitaba era mejor conocimiento, o más bien dicho, consejos expertos y desprovistos de prejuicios, como podrían obtenerse en todas las cuestiones políticas si el Instituto Conmemorativo de los peregrinos, propuesto por Mr. Ziegler, se hubiera fundado como adecuada celebración del tercer centenario del desembarco de los peregrinos en Plymouth Rock. Levanto mi voz de buena gana aprobando cordialmente los esfuerzos encaminados a educar a nuestro pueblo para crear mejores ciudadanos. Pero tales esfuerzos pierden mucho de su efecto si se emplean en un pueblo cuya calidad mental y moral va minándose poco a poco por la acción de la herencia y del ambiente físico. ¿No se-

ríamos en este caso semejantes a arquitectos que tallaran un hermoso friso sin preocuparse de que descansa en pilares mal cortados, que no están a plomo o que se han colocado sobre base desigual? Pocos pueblos tienen proporcionalmente mayor capital empleado en instituciones educadoras que los turcos y los musulimes de Egipto. Mantienen millares de sus hombres más eminentes en agradable ociosidad en *medressehs* que pretenden ser escuelas, pero el país no obtiene beneficio alguno de sus supuestos estudios. No debe inspirarnos temor la idea de caer alguna vez en opacidad mental o falta de iniciativa semejante a la de los *khojas* de blanco turbante de los *medressehs*; pero la visita a cualquiera de nuestras escuelas públicas sería bastante para producir alguna aprensión. Escuchad a la mitad estúpida de una clase. Algunos de los niños de esta mitad se encuentran allí por incidencia o porque aún no han sido educados convenientemente para poner de relieve sus verdaderas cualidades. La mayor parte, sin embargo, debe su inferioridad a debilidad hereditaria o también

a enfermedades y falta de energía producidas por un ambiente inadecuado. *Salen de allí a decidir los más graves problemas humanos y a engendrar niños en mayor proporción que la otra mitad más inteligente.* Dos métodos se ofrecen para dominar tales condiciones. Podemos emplear el tiempo y el talento de muchos hombres y mujeres hábiles en educar niños atrasados, en desempeñar labor benéfica y en dirigir obras filantrópicas; y podemos poner a la obra hombres de ciencia para descubrir primero la causa y después el remedio para la debilidad física y especialmente mental que continuamente observamos en torno nuestro. Ambos métodos serán siempre necesarios; pero *todo pensador reconoce que a la larga el segundo es, con mucho, más eficaz.* Ya desde ahora nuestras agencias filantrópicas están asumiendo carácter genuinamente científico. Necesitamos, sin embargo, progresar mucho en esta dirección. Necesitamos el reconocimiento pleno y consciente de que la ciudadanía es una de las importantes ciencias del mundo. Nuestro mecanismo cívico no puede ser hermoso verdaderamente ni

puede eruirse con seguridad a menos que se dedique a los pilares tanta atención como a la parte superior de ornamentación. No es mucho decir que el valor de nuestra educación se duplicaría si durante algunas generaciones consagráramos a la herencia y al medio ambiente una décima, no, una centésima parte del esfuerzo que ahora se dedica a la enseñanza. Solamente así sabremos cómo imprimir el rumbo a nuestra actuación futura y salvarnos de la decadencia que en el pasado ha sobrevenido a toda gran nación.

Miscelánea

Los filósofos y estadistas del siglo xix creyeron que el porvenir era de las grandes nacionalidades, y pronosticaron el advenimiento de Estados formidables que absorberían las pequeñas unidades políticas. La historia contemporánea prueba que mientras más grande es un Estado, es más efímera su existencia. Por otra parte, la Administración se ha complicado a tal punto

que la inteligencia del gobernante no alcanza a abarcar todos los detalles de la función gubernativa en un grande Estado. Por esto las naciones pequeñas son hoy las mejor gobernadas, y en ello no influye la forma de gobierno. Uruguay, que es una república, es uno de los países mejor gobernados de América; Dinamarca, una monarquía antiquísima, es, acaso, la nación mejor administrada de Europa.

B. SANÍN CANO

¡Muy bien!, exceptuando lo de que *en ello no influye la forma de gobierno*. ¿Ha olvidado tan pronto Sanín Cano su magnífico artículo en contra de las formas de gobierno asfixiantes de la libertad o iniciativa individual, en instrucción y en las demás ramas de actividad?

Por lo que hace al ejemplo del Uruguay, dejo la palabra a un uruguayo que está cerca: «Sanín Cano cita mi patria porque escribe muy lejos de ella: ojos que no ven, corazón que no siente».

E. J. R.

*
* *

Nuestra vida constituye un hecho nuevo, como nuestra fisonomía dibuja un rostro original... Sintamos orgullo al pensar que nuestra trayectoria individual, al modo de los astros, sigue

en el espacio y en el tiempo un camino que ningún otro ser recorre.

En realidad, cada hombre cultivado contiene dos individuos de valor muy desigual: el *automático*, modelado por el rebaño, y el *independiente*, forjado por el autodidactismo y la autorreflexión. Sólo este último merece la designación de individuo, porque sólo él es susceptible de aportar algo al acervo común de la cultura.

La ley de la inversión de los efectos, que padres y maestros debieran tener muy presente para no extremar cierta tesis ni imponer con celo exagerado determinados gustos e inclinaciones, explica cómo los pensadores más osados y los revolucionarios más temibles han salido tan a menudo del seno de las Corporaciones religiosas.

Nadie puede vivir teniendo constantemente delante de los ojos el espectro amenazador de la muerte. Lo más triste de la vejez es carecer de mañana. Debemos, empero, los viejos reaccionar contra este desalentador sentimiento, no dejándole ascender desde

el corazón a las manos. Si eres labrador, pide a Dios que te sorprenda la muerte plantando un árbol; si escritor, ruégale que la Implacable te sorprenda con la pluma vibrante, reclinada la cabeza sobre las albas cuartillas, el más bello de los sudarios. No pensemos en cosas tristes. Preocupémonos de la vida, que es energía, renovación y progreso. Y continuemos trabajando. Sólo la acción intensa en pro de la verdad justifica el vivir y consuela del dolor de la injusticia.

Pidamos a Dios que nos conceda, al morir, como suprema gracia, el privilegio de contemplar en visión sintética las flores recogidas por el camino de la vida y los gérmenes de ideas sembradas en las almas. Sírvanos sólo de consuelo la esperanza de que lo mejor de nuestras ideas, es decir, lo más fuerte y vivo de nuestra personalidad, florecerá algún día en la consciencia de nuestros descendientes, aunque se olvide el origen, como la rosa opulenta ignora al humilde escaramujo de que descende.

RAMÓN Y CAJAL